

30—El ministerio

LEAMOS Colosenses I: 25-29.

El ministerio es un oficio sagrado. Cristo crucificado es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Un Salvador exaltado, un Salvador pleno y completo para todos los que crean en él. Es la ciencia de la salvación. El tema nunca se agota. Siempre está fresco, porque Cristo es hoy el Intercesor viviente ante el Padre en las cortes celestiales. Cristo, la propiciación por los pecados del mundo, es un tema vivo imbuido de divinidad y siempre fresco y nuevo.

Es a través de sus méritos, a través de su ejemplo de sufrimiento, que sus discípulos escogidos son preparados para la obra del ministerio y para cada prueba y desaliento que enfrentarán en esta labor. Contemplando a Jesús: su vida abnegada, su sacrificio, su humillación a favor de ellos, estarán listos a seguir sus pasos, soportar la cruz,

Sermón predicado el 30 de agosto de 1898. Una parte de este sermón fue publicada en el libro El evangelismo. Manuscrito 107, 1898. despreciar la vergüenza e ir fuera del campamento llevando su vituperio. El Espíritu Santo los hace uno con Cristo, su divino Adalid. La verdad entronizada en el corazón santifica el alma, y el poder y la gracia de Dios se manifiestan en la vida como el poder y la sabiduría de Dios.

Cristo prometió a sus seguidores: «Si me voy, enviaré otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre» (Juan 14: 16). Con esta dotación divina el agente humano está capacitado para trabajar en conformidad con Cristo. El Señor continuó: «Él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho» (vers. 26).

Viviendo individualmente la vida de Cristo, sus seguidores llegan a ser agencias vivas y activas. Ellos poseen el carácter de Cristo. Tienen el amor de Cristo, su fe, su esperanza, su unidad con el Padre. Se apoyan en Cristo como su único sostén y suficiencia. Son testigos vivos de Cristo. Por sus palabras, su espíritu, su verdadera cortesía, su influencia, por cada acción, dan testimonio de Cristo. Un poder emana de estos instrumentos humanos, dando testimonio de que son colaboradores de Dios y que tienen comunión con su Salvador.

El tema de cada sermón

La predicación de la Palabra no debe ser subestimada. La obra por la salvación de las almas es una tarea sagrada, santa. Dice el profeta: «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del

que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: “¡Tu Dios reina!” (Isa. 52: 7)

¡Qué honor se confiere a los hombres al hacerlos colaboradores de Dios!, sus mensajeros, para proclamar al igual que el precursor de Cristo: «¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!». Exalten al Salvador resucitado, y digan a cuantos escuchen: «Vengan a Aquel que nos amó y murió por nosotros». Revélese delante de los hombres la abnegación, la compasión, el gran amor con que Cristo nos ha amado al comprarnos con su propia vida. La ciencia de la salvación debe ser el tema de cada sermón, el tema de cada himno. Debe acompañar cada súplica.

Al predicar la Palabra nada deberá ocupar el lugar de Cristo, la Palabra y el poder de Dios. Que su nombre, el único nombre debajo el cielo por el cual podemos ser salvos, sea exaltado en cada discurso, y que de sábado a sábado, la trompeta de los centinelas dé un sonido certero. Cristo es la ciencia y la elocuencia del evangelio, y sus ministros deben predicar la Palabra de vida, presentar esperanza a los penitentes, paz a los atribulados y desanimados, y gracia, plenitud y fuerza a los creyentes.

Animar a los niños a venir a Jesús

Se debe animar a los preciosos corderos del rebaño. La Majestad del cielo dijo: «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios» (Mar. 10: 14). Jesús no envió los niños a los rabinos. No los mandó a los fariseos. Él dice: «Las madres que han traído a sus hijos a mí han hecho bien». «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios».

Por tanto, dejen que las madres acepten la invitación y dirijan sus hijos a Cristo. Tomen los ministros del evangelio a los niños en sus brazos y bendíganlos. Dirijan a los pequeños palabras de ternura y amor en el nombre de Jesús, pues Cristo tomó a los corderitos del rebaño en sus brazos y los bendijo.

Nuestra esperanza proviene de Dios, que mediante el Crucificado, nos ha dado ricas y poderosas verdades y argumentos de peso para mover los corazones de los seres humanos. La sencilla oración compuesta por el Espíritu Santo ascenderá a través de las puertas entreabiertas, la puerta abierta de la que Cristo ha declarado: «He abierto una puerta, y nadie puede cerrar» (ver Apoc. 3:7). Esas oraciones, mezcladas con el incienso de la perfección de Cristo, ascenderán como un perfume ante el Padre, y serán respondidas. El Espíritu Santo descenderá y las almas vendrán al conocimiento de la verdad. Los pecadores se convertirán y apartarán sus rostros del mundo y de las cosas terrenales y lo dirigirán al cielo. El Sol de justicia, los inspirará con motivos para la acción, y se darán cuenta de que son testigos de Cristo.

Seremos juzgados por las obras que hagamos en vida. «Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado» (Mat. 12: 37). Los centinelas no han de cabecearse ni dormirse en su importante misión. No deben solamente predicar, sino ministrar, educando a las almas que se han vuelto del error a la verdad, mediante el trabajo personal, enseñándoles por precepto y ejemplo que «renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Él se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2: 12-14).

La responsabilidad de ios pastores es grande

Ministros de Dios, grande es la responsabilidad que ustedes tienen de avanzar en la experiencia cristiana y en la justicia, de una luz a otra luz mayor, caminando conscientemente, tratando de alcanzar una norma alta y sublime. A medida que los poderes de las tinieblas trabajan arduamente desde abajo, los instrumentos de Dios deben estar más y más alertas en la cooperación con lo divino, dándole a la trompeta un sonido certero. En tonos fervientes, distintos e impresionantes, han de proclamar la justicia de la ley. Que ningún centinela fracase en identificar el sonido de alarma, y a su vez presentar las admoniciones que provienen del cielo. Todos deben ser despertados de su letargo, tener fervor por las almas como quienes han de rendir cuenta.

Luz, una mayor luz del cielo, espera ser impartida a aquellos que caminarán y obrarán en armonía con la luz que ya tienen. Debe haber acción ágil y fervorosa, y dar muestras de talento y tacto en la misión de impartir la luz a los que están cerca y a los que están lejos. Debe prestarse cuidadosa consideración a todo método que no sea el método del Señor. No debe tolerarse ningún centinela adormecido. Los principados, las potestades y los gobernadores de las tinieblas de este mundo están trabajando bajo el liderazgo de su caudillo.

Debido a que ha sido tan difícil despertar de su letargo a muchos que desde hace tanto tiempo profesan conocer la verdad, la maldad espiritual en las altas esferas se ha incrementado. Los hombres han decidido obstaculizar el camino del ejército de los obreros del Señor. Han tomado las almas desprevenidas y las condujeron por sendas extraviadas. Que el Señor les muestre a estos hombres que ellos han sido obstáculos por largo tiempo. Quienes cuando las oportunidades se han presentado, colocaron una piedra de tropiezo en el camino de aquellos a cuyo lado han trabajado. El Señor espera que ellos se arrepientan. Han debilitado las manos de otros y le han dado al enemigo toda clase de ventajas.

Tiempo perdido

Se ha desperdiciado un tiempo valioso. Se han dejado pasar grandes oportunidades que no han sido aprovechadas debido a la falta de una clara visión espiritual y de una sabia dirección para planificar e idear métodos y medios que

frustren al enemigo e inquieten al pueblo. Esos hombres creen que han estado haciendo un trabajo muy competente, pero el juicio final demostrará cuál ha sido el carácter de su lucha y lo que se ha perdido para Cristo a través de sus maniobras. Despertémonos ahora. Hay una obra urgente que ha de ser hecha. Si nos allegamos a Dios, él se allegará a nosotros.

Centinelas adormecidos, ¿qué de la noche? ¿No conocen la hora de la noche? ¿No les preocupa levantar la señal de peligro y dar la alarma para este tiempo? Si no sienten tal responsabilidad, desciendan de las murallas de Sion, porque Dios no les confiará a ustedes la luz que él tiene para impartir. La luz se concede únicamente a los que la reflejarán sobre otros. «Nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor» (2 Cor. 3: 18).

Levanten el estandarte. El ministro del evangelio no debe dedicar toda su atención a la predicación de sermones. La iglesia de Dios debe mantenerse en orden. Hay un ministerio que hacer. Los enfermos han de ser visitados. Los hombres y las mujeres deben ser educados según el modelo divino. «Es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos las armas de la luz» (Rom. 13: 11-12).

La gracia de Cristo recibida en el alma obrará como agente educador. La confianza recibida en el corazón purificará el alma. La religión de Jesucristo jamás hace al que la recibe tosco, grosero o descortés. La verdad es delicada y ennoblecedora. Actúa como un agente refinador. Santifica el alma. La influencia constante de la verdad educa al alma de acuerdo con los métodos de Cristo, moldea y modela el carácter para los atrios celestiales. Es un gran principio que debe introducirse en la vida práctica diaria.

No hay peligro de opacar la mente cuando se presta atención a las pequeñas cosas de la vida que debemos hacer. Cualquier negligencia en los actos de cortesía y tierna consideración de parte de un hermano hacia otro; cualquier olvido en cuanto a pronunciar palabras bondadosas y alentadoras en el círculo de la familia, tanto entre padres e hijos, como entre hijos y padres, confirma los hábitos que hacen que el carácter difiera del de Cristo. Sin embargo, si se cumplen esos deberes pequeños, estos se engrandecerán e impartirán a la vida un suave perfume que asciende hacia Dios como santo incienso. Una presencia angelical se manifestará en el hogar. El amor se manifiesta en la bondad, la gentileza, la tolerancia y la longanimidad.

El hombre que acepta ser portavoz de Dios debería considerar que es esencial que presente la verdad con toda la gracia y la inteligencia que pueda, para que la verdad no pierda nada al ser presentada ante la gente. Quienes consideran que no tiene importancia hablar en forma descuidada, deshonoran a Dios. El Señor no es glorificado cuando sus siervos, al presentar la palabra de vida, elevan sus

voces a un tono alto, y hablan en tonos agudos y antinaturales. Haciendo eso abusan de los órganos del habla. Dios nos ordena: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mat. 5: 48). «Nosotros anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1: 28).

El apóstol Pablo pudo decir: «Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que llegué a Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con muchas lágrimas y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; y cómo nada que fuera útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas» (Hech. 20: 18-20).